



CAPÍTULO CUARTO

EN el combate general de Gravelotte, Bartek aprendió que en una batalla es posible recibir orden de permanecer arma en brazo.

Al empezar la lucha, su regimiento fué situado al pie de una colina cubierta de viña. Oíase lejano rugir el cañón. Los escuadrones de caballería pasaban haciendo temblar la tierra. De súbito en la cima de la colina viéronse brillar corazas: las granadas cruzaban, silbando, el cielo azul, y al estallar levantaban nubes de polvo que cubrían el

horizonte. La batalla se trocaba en tempestad.

Al breve rato, y efecto de maravilloso movimiento de tropas, el regimiento de Bartek quedó rodeado. Eran otros regimientos que acudían á tomar posiciones. Los soldados llenaban el valle. Las órdenes sucedíanse sin interrupción; corrían los ayudantes. Los hombres cuchicheaban entre sí:

—¡Ah! de ésta no escapamos. ¿Qué será lo que va á empezar?

El rugir del cañón se acerca; y se oyen las descargas de la fusilería y el traqueteo de las ametralladoras.

Momentos después el cañón truena tan cerca que la tierra tiembla. Luego por sobre el regimiento se escucha un silbido, y algo que cruza el aire. Los hombres gritan: «¡Granadas! ¡granadas!» Las bombas se acercan, caen y estallan. Oyense gritos, y en las filas se produce algún desorden.

Al toque de: ¡Atención! Bartek quedó el primero en primera fila, fusil al hombro y despechugado. No temblaba. Delante de las balas está prohibido temblar.

—¡Atención!...

Cae otra granada, la segunda; después otra y otra... Los franceses habían hecho retroceder las baterías prusianas emplazadas en la colina: en el mismo lugar colocaron las suyas, y desde allí la artillería vomitaba metralla contra el valle.

Protegida por los cañones de lo alto de la colina, la infantería francesa baja para iniciar el fuego de fusil. El viento deshace el humo y se la distingue claramente.

Efecto del color rojo de los uniformes de la infantería, la viña parecía un campo de amapolas. De repente los soldados desaparecen entre las vides. Avanzan ocultos, y sólo de vez en cuando vese una bandera tricolor que flotaba suelta al viento.

Empieza el tiroteo vivo, febril, irregular y cambiando de sitio á cada momento. Por encima de este fuego las granadas cruzan el espacio. En el valle los cañones alemanes contestan incansables. El regimiento inmóvil observa admirado.

El círculo de fuego se estrecha, le rodea. Las balas silban al rededor de las cabezas, rozando los hombros, la nariz, las orejas. Millares de balas suceden á otros millares. Milagro era que los soldados viviesen. A sus espaldas Bartek escucha gritos y lamentos.

—¡Jesús! ¡Misericordia!

Sin interrupción sucedense las órdenes. Multiplicanse los silbidos y se estrechan las filas. Horrible espectáculo. Los muertos son pisoteados. La justicia de Dios cae sobre los hombres.

—¿Temes? pregunta Voitek.

—¿Por qué no? responde nuestro héroe apretando los dientes.

Y ambos firmes. Ni siquiera les ocurrió la idea de que podían huir: les mandaron no moverse y no se mueven.

Bartek, sin embargo, no estaba tan asustado cual lo estarían otros muchos que en su lugar se hallaran. La disciplina le obligaba á ser valeroso. El silbar de las balas y el rugir de los cañones apagaban los gritos de moribundos y heridos.

Siguiendo entre las viñas la marcha de las banderas, vese que la infantería avanza y se acerca... La metralla diezma las filas y la desesperación empieza á apoderarse de todos.

Y con la desesperación aumenta la rabia de los soldados. Si les mandaran avanzar, avanzarían cual huracán furioso, pues era imposible seguir inactivos.

¿No es horrendo presenciar la destrucción de un regimiento sin poder disparar una bala?

Los soldados de los regimientos vecinos, huyen desordenadamente, pero los hombres de Poguembin, de Kryvda y de Mizerov, educados por la férrea disciplina prusiana, siguen firmes...

Un momento más, y la disciplina pierde su poder. Algunas filas ya no se cierran: montones de cadáveres las dividen. La mitad de la fuerza ha muerto ó se retuerce víctima de padecimientos atroces. De las filas se levantan siniestros murmullos:

—¡Nos mandaron aquí para asesinarlos!

—¡No escapará uno vivo!

—¡Ah! ¡valor! ¡vosotros, los polacos! grita un oficial.

—Fácil es aconsejarlo, tú que te encuentras detrás.

—*Steht der Kerl da!*

Y comenzaron á rezar:

—Acordaos, piadosísima Virgen María...

Bartek prosiguió:

—...Que jamás se ha oído decir que...

Un grupo de polacos invoca á la Patrona de Cheustohava:

—¡Señora! no desprecies nuestras súplicas!

Y tendidos en tierra los moribundos, exclaman:

—¡María! ¡María!

Diríase que el oficial esperaba este instante para gritar:

—¡Vosotros, los polacos! ¡Al ataque! ¡valor! ¡Y adelante!

Bajan los fusiles: los soldados avanzan en filas y se lanzan al asalto de la colina, buscando con la bayoneta el enemigo que los ojos no aciertan á descubrir.

Doscientos metros los separan de la montaña. Sufriendo mortífero fuego deben salvarlos.

¿Se harán matar? ¿Avanzarán? El jefe prusiano sabe el medio de que debe valerse para que sus hombres carguen á todo trance.

Y entre las detonaciones y el silbar de las

balas y el humo y la confusión, y el tocar á la *carga* de tambores y trompetas, la música rompe el himno nacional polaco, la sangre hierve en las venas de los soldados, su corazón palpita y entonan el canto patriótico:

Polonia jamás fué vencida: ¡victoria! ¡victoria!

Henchidos de entusiasmo y ardientes los ojos, pasan cual torbellino, pisoteando muertos, caballos, ruinas. Perecerán, pero se defienden... y cantan.

Llegan al pie de la colina y desaparecen entre las viñas.

En la colina el fuego aumenta y brillan las bayonetas. Las trompetas suenan y los tambores redoblan incansables. Las descargas de los franceses son más frecuentes y prolongadas.

En el valle el general Steinmetz, veterano viejo, sonríe satisfecho. Enciende la pipa de porcelana...

—Si estos valientes no ceden, ganarán la batalla.

En efecto, veíase una bandera tricolor; es cogida, luego victoriosamente agitada y por fin desaparece.

—¡Luchan con ardor! grita Steinmetz.

La música siempre tocando. Otro regimiento polaco corre á socorrer al primero.

En las viñas cargan á la bayoneta con heroico encarnizamiento.

—¡Bartek! tu nombre será inmortal.

En su ánimo, al terror, á la impaciencia y á la desesperación había sucedido rabia insensata. Cuando oyó las notas del himno de su nación, sus nervios trocáronse en acero. Se le erizaron los cabellos y sus ojos lanzaron chispas. No se acordó de nada ni de nadie, y apretando el fusil con ambas manos corrió como corrían los demás. Cayó dos ó tres veces. La sangre de su rostro mezclóse con la tierra y el polvo. ¿Qué importa? Corría el primero, los ojos fijos, la boca abierta. Deseaba matar franceses.

Vió tres que guardaban una bandera. Eran turcos. ¿Imagináis que Bartek retrocede? ¡No! hubiera cogido hasta al diablo por los cuernos. Se arroja contra los tres hombres. Dos bayonetas rozan su pecho, pero Bartek coge el fusil por el cañón, y describiendo terrible molinete deja sin vida á los dos que le atacan.

Diez camaradas corren á socorrer al tercero de los que defendían la bandera. Bartek, loco de cólera, les espera á pie firme. Llegan. Entre el humo de la pólvora se oye á Bartek que grita:

—¡Me engañasteis!

Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete ho-

rrible, y deja sin vida al tercer adversario. Se oyen dolorosos gemidos, y temerosos de los mortales golpes que reparte aquel prodigioso gigantón, los restantes huyen á todo correr, gritando en árabe algo que Bartek no comprende. Sin embargo, imagínase que pronuncian el nombre de Magda.

—¡Ah! ¡buscáis á Magda! ruge Bartek, y dando un salto tremendo cae entre sus enemigos.

Afortunadamente en aquel instante llegan los polacos. Principia un combate cuerpo á cuerpo. Confundidos con el chocar de las bayonetas, se oye el gemir y el anhelante respirar de los heridos. Cubierto de sangre, de humo y de tierra, Bartek furioso parece una bestia salvaje. De un golpe mata dos hombres, les rompe los fusiles y les corta la cabeza. Sus manos se agitan cual poderosa máquina destructora.

Cae sobre un abanderado, lo coge por el cuello, que estrecha con tal fuerza que los ojos del militar saltan de las órbitas y anadado suelta la bandera. Bartek la coge gritando: «¡Victoria! ¡Victoria!» la levanta y la agita orgulloso.

El general Steinmetz, que desde la falda de la colina seguía las peripecias de la presa del nuevo trofeo, lo ve agitarse breve tiempo: Bartek lo emplea para cubrir hasta ahogarle, la cabeza de un francés que lucía un kepis



Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete horrible...

adornado de numerosos galones. Y acaba por arrancar la bandera, atarla cual banda al rededor de su pecho, y sin abandonar el asta, corre á reunirse con sus camaradas...

Los turcos avanzan cual furiosa avalancha hacia la cima de la colina para ver de salvar su artillería, pero los saluda una lluvia de balas. Los zuavos marchan los primeros, y cargando brillantemente á la bayoneta, reciben al regimiento que contra ellos avanza. Pero Bartek, siempre el primero, no se cansa de gritar con todas sus fuerzas: «¡Victoria! ¡Victoria!» Y los polacos todos, cual un solo hombre, corren á la conquista de los cañones. Comienza nueva lucha cuerpo á cuerpo.

En este instante el segundo regimiento de Poguembin llega para socorrer al primero. En las prepotentes manos de Bartek el asta de la bandera parecía mortífera guadaña. Cada golpe causa una baja en las cerradas filas francesas. El terror se apodera de zuavos y turcos, y huyen á la proximidad de Bartek. Es el primero que logra sentarse sobre un cañón.

Apenas sus camaradas tuvieron tiempo de admirarlo cuando salta sobre otro cañón, matando un tercer abanderado.

—¡Viva Bartek! gritan los soldados.

La victoria es completa. Han cogido todas las ametralladoras.

Al llegar por el flanco de la colina un nuevo regimiento prusiano, la infantería francesa cedió.

Bartek había cogido tres banderas. Hermoso era verle bajar la colina, rodeado de sus camaradas, cubierto de sangre y de lodo, radiante de salvaje alegría, sueltas al viento las tres banderas.

—¿Qué me dijiste, Voitek? Si los franceses no tienen sangre en las venas ni fuerza en los músculos. Agarrábanme cual si fueran gatos y nada más. Sacudía uno y rodaba por tierra.

—¿Quién imaginara que fueses tan terrible? contestóle Voitek, que empezaba á mirar con respeto á su camarada.

También los oficiales lo habían admirado. En la actualidad contemplaban su elevada estatura, el largo y blondo bigote, y sus ojos siempre fijos, inmóviles y desmesuradamente abiertos.

—*Ach! Sie verfluchter polake!* le dijo el comandante, tirándole familiarmente de la oreja.

(¡Eres tú, maldito polaco!) y Bartek sonreía henchido de satisfacción.

Cuando el regimiento hubo formado al pie de la colina, el comandante presentó Bartek al coronel, quien á su vez lo presentó al general Steinmetz.

El general vió las banderas, mandóle levantarlas y revistó á Bartek.

Bartek derecho, inmóvil, presentaba armas. El viejo general movía la cabeza visiblemente satisfecho. Habló en voz baja al coronel. Repetidas veces se les oyó pronunciar la palabra «teniente.»

—Pero, es un infeliz, mi general; respondía el coronel.

—Veámoslo, dijo el general, y haciendo avanzar al caballo se acercó á Bartek.

Bartek era incapaz de comprender el honor que le dispensaban: en el ejército prusiano jamás se vió un general hablando á un simple soldado. Sin embargo, conviene no olvidar que Bartek había cogido tres banderas y dos cañones.

—¿De dónde eres? le preguntó el general.

—De Poguembin, contestóle Bartek.

—¡Bien! ¿Cómo te llamas?

—Bartek Slovik.

—¿Sabes por que combates á los franceses?

—Lo sé, mi general.

—¡Dímelo!

Bartek empezó á temblar...

—Por... por... por que...

De súbito recuerda las palabras de Voitek, y las repite en alta voz cual si temiera olvidarlas.

—Porque estos miserables son alemanes y peores que alemanes.

El rostro del general se contrajo cual si fuese á soltar sonora carcajada. Conteniéndose dijo al mayor:

—Tenía V. razón.

Bartek, orgulloso de sí mismo, seguía inmóvil.

—¿Quién ha ganado la batalla? preguntó el general.

—Yo, mi general, contestó Bartek sin titubear.

El general sonrió.

—¡Es verdad! ¡es verdad! y ahí va la recompensa.

El anciano general tomó la cruz que en su pecho lucía, é inclinándose la prendió en el de Bartek.

El buen humor del general leíase también en los rostros del coronel, de los mayores, de los capitanes, de los cabos...

Partió el general, y el coronel regaló diez thalers á Bartek, el mayor cinco y así sucesivamente. Todos le sonreían, repitiéndole que él había ganado la batalla. Bartek sentíase arrebatado al séptimo cielo.

Voitek era el único que no estaba totalmente satisfecho de nuestro héroe.

Cuando al caer la tarde se encontraron, Voitek le dijo:

—¡Bartek, eres un infeliz! ¡un infeliz!

—¿Por qué? preguntó Bartek.

—Porque dijiste al general que los franceses son alemanes.

—¡Si tú me lo habías dicho!

—Pero ya sabes que el general y los oficiales son alemanes.

—Bien ¿y qué?

—Que siendo alemanes, no debías decir cuanto dijiste: ¡has hecho una solemne tontería!

—Al decirlo me referí á los franceses y no á los oficiales.

Voitek calló. Su deseo era explicar á Bartek que en presencia de los alemanes no debía hablar mal de ellos, pero convencido de la imposibilidad de hacérselo comprender, resolvió callarse.

